

Miércoles 20 de mayo de 2020

Jn. 16,12-15

*Abrir puertas,
para que la vida fluya,
en belleza y en verdad.*

La realidad es compleja. Es un entretejido variopinto, repleto de diversidad. Es imposible conocerla y abrazarla desde criterios y parámetros tradicionales, tampoco desde esnobismos sin Espíritu.

Ante la complejidad de la realidad, no es posible abrigarse en caparazones que nos den seguridad y nos limiten para ser de los demás. Tampoco deberíamos desestimar el riesgo, relativizar el impacto protegidos en nuestra condición de “súper seres humanos”.

Porque la realidad es compleja, urge que nos acerquemos a ella con humildad, en condición de aprendices, sin desestimar los datos, los gestos, las voces, los análisis, pero conscientes de la necesidad de ahondar en lo que sucede, desde los criterios del Evangelio y en búsqueda de esa “verdad plena”, de la que habla Jesús en el Evangelio de hoy.

Dios clama desde la realidad, acontece en la vida, en todo y en todos, Él se nos va revelando. Se necesita actitud consciente, estar despiertos, con los ojos y el corazón abiertos, se requiere una nueva mirada, y esa mirada debe ser contemplativa. Nuestra petición constante como creyentes, debe ser: mirar como Él mira.

Nuestro Dios no está acomodado en su cielo. Es el Dios encarnado, con Nosotros, el Abba que nos enseñó que el amor se compromete, se ofrece, que en todo ejercicio de auténtico amor hay kenosis y que sólo es amor si es hasta el extremo.

No puede haber dicotomía entre fe y vida. La historia de nuestra existencia, de nuestras opciones, es la historia de nuestra fe. Y ella se alimenta a la escucha de la Palabra. Nuestro Dios no para de hablar, como lo manifiesta en el Evangelio de hoy: “todavía tengo muchas cosas que decirles”.

Escuchar, como nos lo recordó el Sínodo “Amazonía nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral”, conduce a la conversión. La escucha se constituye en la pedagogía con la que Dios nos trabaja. Él nos sitúa en el lugar de la humildad, del discípulo, del que aprende, del que reconoce que no posee la totalidad de la verdad, para conducirnos al territorio en el que, por gracia, todo puede hacerse nuevo y transformarse.

Durante esta semana Laudato Si, recordemos, que “El desborde” al que nos invita el Papa Francisco, supondrá adentrarse con creatividad por el sendero de lo insospechado y hacerlo con otros, desde la experiencia desafiante de la sinodalidad, que exige abrazar la pluralidad, dedicar tiempo al diálogo, favorecer el encuentro y

reconocer la urgencia de tantos gritos que en nuestro mundo apremian al compromiso.